

BEATA ANA MARÍA TAIGI, Y SU GLOBO DORADO EN QUE VIO LA HISTORIA DE LOS HOMBRES

Alma sencilla y dócil a los planes divinos, sin dejar de ser una mera ama de casa, fue consejera de nobles y eclesiásticos. Acompañó y profetizó hechos vistos a la luz misma de Dios.

Redacción (09/06/2023 10:54, Gaudium Press) Nacida el 29 de mayo de 1769, al día siguiente recibió el nombre de Anna Maria Antonia Gesualda Giannetti, en la pila bautismal de la iglesia de San Juan Bautista, en Siena.

Hija única de la joven pareja, Luigi Giannetti y Maria Santa Masi, la encantadora niña creció recibiendo sus primeras enseñanzas cristianas de su buena madre.



Luigi había heredado de su padre una farmacia de renombre, considerada una de las mejores boticarias de toda la Toscana.

Beata Anna Maria Taigi, esposa y madre de siete hijos

Durante seis años, Anna jugará despreocupada entre los viñedos, cipreses y olivares de esas arenosas llanuras toscanas.

Sin embargo, los años de alegría duraron poco, ya que Luigi, con un espíritu imprevisor y extravagante, pronto tuvo que venderlo todo para poder pagar sus deudas y abandonar la ciudad, rumbo a la Ciudad Eterna.

Primeros años en Roma

La vida en Roma supuso un cambio radical en los hábitos de la familia, que pasó a vivir en una casa pobre y pequeña del barrio de Monti.

Los padres de Anna se vieron obligados a trabajar como sirvientes en casas familiares, ganando solo lo necesario para asegurar una comida escasa.

Durante este período, la pequeña Anna estaba matriculada en la escuela gratuita de Via Graziosa, a cargo del Instituto Maestre Pie Filippine. Allí aprendió lecciones de religión, lectura, cálculo y tareas domésticas, pero en el arte de escribir solo sabía deletrear su propio nombre, ya que se vio obligada a interrumpir sus estudios a causa de una epidemia de viruela.

Ya no asistiendo a las bancas escolares, se encontró en la contingencia de trabajar para poder ayudar con los gastos familiares. Tomó un trabajo en un pequeño taller, donde cardaba seda y cosía.

Al regresar del trabajo, se dedicaba a las tareas del hogar. A diferencia de sus padres, aún en la adversidad, la joven mantuvo una sonrisa constante.

Vida de vanidades mundanas

Con los años, Anna se convirtió en una niña hermosa y vanidosa, que sueña con construir un hogar feliz y próspero. Estaba muy interesada en la literatura romántica de la época y asistía regularmente a fiestas y bailes.

En 1787, abandonó su trabajo en el taller para trabajar como empleada doméstica en el Palacio Maccarani, donde trabajaba su padre. La señora doña Maria Serra Marini, satisfecha con la nueva empleada, también le ofreció trabajo a su madre, así como algunas habitaciones en el palacio, y allí se mudó la familia Giannetti.

Doña Maria Serra Marini, encantada con la joven, no dejaba de elogiarla haciéndola cada vez más vanidosa. Ella le regalaba los vestidos que ya no quería usar y Anna los aceptaba con gusto.

En 1790, se casó con Domenico Taigi, un servidor del cercano Palacio del Príncipe Chigi. Se instalaron en un pequeño apartamento en el ala de servicio del Palacio Chigi, un regalo del generoso Príncipe a los nuevos cónyuges.

Domenico estaba orgulloso de su hermosa esposa, que se adornaba con elegancia, haciéndola admirar por todos en bailes, teatros de marionetas y paseos.

Tomó muy en serio la fidelidad conyugal, cumpliendo con todos sus deberes de esposa y tomando a su marido como su señor, teniendo hacia él una sumisión afectuosa, suavizando poco a poco su carácter difícil. A los veintiún años nació su primer hijo.

Una conversión total y completa

Hasta entonces, nada insinuaba la llamada especial a la que la había predestinado la Providencia.

Pero entonces, sin explicación aparente, la angustia y la inquietud comenzaron a apoderarse del corazón de la joven madre, mostrándole el vacío de la vida que llevaba.

Un domingo, paseando con su marido por la columnata de Bernini, en la plaza de San Pedro, se encontró con un religioso Siervo de María, el padre Angelo Verardi, al que nunca había visto.

Los dos se miraron y el sacerdote escuchó una voz sobrenatural que le advertía: “Presta atención a esta mujer, un día te será encomendada y trabajarás por su conversión. Ella se santificará, porque yo la elegí para ser santa”.

Anna notó esa mirada mirándola profundamente, pero no lo entendió. Pero desde entonces empezó a perder el gusto por las cosas del mundo.

Trató de calmar su ansiedad hablando con su confesor, pero él se limitó al consejo habitual de las mujeres casadas: sé fiel y obediente a tu marido...

Luego buscó otros confesores. Sin embargo, ninguno logró devolverle la paz de alma.

Finalmente, decidió visitar la Iglesia de San Marcelo, donde se había casado, y encontró un sacerdote en el confesionario. ¡Era el padre Angelo Verardi!

Cuando Anna se arrodilló para confesarse, el sacerdote volvió a escuchar la misma voz: “Mírala... la llamo a la santidad”. Lleno de alegría y satisfacción, le dijo: “Por fin has venido, hija mía. El Señor os llama a la perfección y no podéis negaros a su llamada”. Luego le contó el mensaje recibido en la Plaza de San Pedro.

A partir de entonces, renunció a todas las vanidades del mundo y ya no participó en las diversiones fútiles, encontrando el mayor consuelo en la comunicación con Dios, buscándolo en la oración y en la contemplación.

Comienzo de una nueva vida

Comenzó pues una vida de oración y austeridad para esta mujer. Visiones, revelaciones, sufrimientos, curaciones y milagros serán ahora tu vida cotidiana, sin dejar nunca de cumplir con sus deberes de esposa y madre.

Siete niños bendijeron ese hogar, tres niños y cuatro niñas. Sin embargo, la Providencia quiso llevarse a tres de ellos cuando aún eran pequeños.

Como madre afectuosa, velaba por la educación de los pequeños, convirtiendo la casa en un verdadero santuario. El orden reinaba en cada rincón. En las paredes, símbolos religiosos dispuestos con gusto y piedad.



En honor de María Santísima se mantenía encendida permanentemente una lámpara y nunca se secaba la fuente de agua bendita, que se reponía todos los días para ahuyentar a los demonios.

La rutina del hogar seguía una disciplina casi monástica, con momentos de oración, comida, conversación y ocio, siempre en la armonía y paz propias de una familia católica.

Nunca discutió con su marido, logrando mediar en las dificultades entre todos, y nunca dejó de corregir a los niños, velando por su

inocencia y la salvación de sus almas.

Con el consentimiento de Domenico, después de su conversión, había decidido ingresar en la Tercera Orden Trinitaria, considerando una gloria llevar su escapulario blanco con la cruz azul y roja como insignia.

Sin embargo, tuvo que esperar varios años para recibir el santo hábito trinitario, lo que recién sucedió en 1808.

En este día tan esperado, escuchó la voz del Salvador que le decía:

“Os destiné a convertir las almas pecadoras, a consolar a las personas de todas las condiciones: sacerdotes, prelados y hasta mi Vicario. A todo el que escuche tus palabras derramaré gracias especiales... Sin embargo, también encontrarás innumerables almas falsas y pérfidas, y serás motivo de burla, desprecio y calumnias. Pero lo soportarás todo por mi amor”.

Anna respondió algo asustada: “Dios mío, ¿a quién elegiste para este trabajo? Soy una criatura indigna”. La misma voz respondió: “Yo lo quiero así. Soy yo quien os conducirá de la mano, como un cordero llevado por su pastor al altar del sacrificio”.

Gracias místicas extraordinarias

Las gracias concedidas a ella fueron únicas y muy especiales. Tiempo después de haber sido llamada al camino de la perfección, comenzó a ver a su lado un globo de luz sobrenatural, un “sol místico”, como ella lo llamaba, en el que mantenía largas conversaciones con el Divino Creador, veía acontecimientos presentes y previó futuros, escudriñaba el secreto de las almas y los corazones, como se ve en una película o se lee en un libro.

Este fenómeno la acompañó hasta el final de su vida.

En sus primeras apariciones, la luz de este “sol” era del color de la llama, y el disco era como el oro. Sin embargo, a medida que la bienaventurada progresó en la virtud, se hizo más brillante y se vistió de una luz más intensa que siete soles juntos.

Tal resplandor estaba ante ella a una distancia de un metro y a unos veinte centímetros por encima de su cabeza. Había una corona de espinas que rodeaba horizontalmente todo el diámetro del globo, y de esta corona descendían dos largas espinas, una a la derecha, otra a la izquierda del círculo, cruzándose entre sí con sus puntas arqueadas hacia abajo.

En el centro de la esfera estaba sentada una mujer, majestuosa y con la frente levantada hacia el Cielo, contemplativa, resplandeciendo con la luz más viva.

Sobre este fenómeno sobrenatural, el cardenal Pedicini, que vivió con Anna y fue su confidente durante 30 años, testificó:

“Durante 47 años, día y noche, en su casa, en la iglesia o en la calle, vio, en su ‘sol’ siempre brillante, todas las cosas físicas y morales de esta Tierra; ella penetraba en los abismos y se elevaba Cielo [...]. Vio los lugares, las personas que negociaban, sus vías políticas, la sinceridad o duplicidad de los ministros, toda la política clandestina de nuestra época, así como los decretos de Dios para confundir a los grandes personajes. [...] Además, ella ejercía un apostolado sin límites, conquistando almas en todos los puntos del globo, preparando el terreno para los misioneros; el mundo entero fue el teatro de sus obras”.

Veía también, en su globo de luz, las almas que se salvaban o se perdían para siempre. Si alguien se acercaba a ella en estado de gracia, la luz se hacía más intensa y sentía el perfume de la virtud. Si, por el contrario, fuera un alma pervertida, el globo estaría en tinieblas y ella sentía el mal olor del pecado.

Fue buscada por el pueblo llano, nobles, diplomáticos y eclesiásticos, quienes le pedían consejo en los más variados campos de la espiritualidad y de la vida humana.

Todos la respetaban y temían, porque su propio físico reflejaba la nobleza de su alma: una simple doncella con porte de reina.

Dones especiales: sanidades y milagros, visiones y predicciones

Arrebatada en éxtasis en cualquier momento o lugar, también padecía todo tipo de dolencias.

Innumerables fueron también los hechos de la vida cotidiana común que atestiguan sus dones especiales, especialmente los de curación y milagros.

Un día, por ejemplo, su nieta se metió un hueso de ciruela en el ojo y prácticamente perdió la vista. La Beata, haciendo la señal de la cruz sobre el ojo de la niña, con el aceite de la lámpara que tenía encendida en casa, la curó a tal punto que al día siguiente pudo ir a la escuela.

Su esposo también fue objeto de su acción milagrosa, cuando en una mañana de invierno tuvo un ataque de apoplejía, estando en la Iglesia de San Marcelo. Con sus oraciones, Anna obtuvo su prodigiosa e instantánea curación.

En su misterioso “sol”, predijo varios hechos, entre ellos la elección de muchos Papas después de Pío VII, y predijo de antemano los acontecimientos que tendrían lugar bajo sus pontificados.

Uno de ellos, digno de mención, fue cuando, rezando en la Basílica de San Paulo Extramuros, presa del éxtasis, vio allí presente al cardenal Cappellari, como futuro Papa con el nombre de Gregorio XVI. Y así se cumplió.

Del mismo modo, anunció la elección del padre Mastai-Ferretti, como Pío IX, en un rápido cónclave de apenas 48 horas, y previó todas las tribulaciones de ese pontificado, cuando este sacerdote aún se encontraba en la nunciatura de Chile.

A pesar de su poca educación, habló de los misterios de nuestra Religión con la profundidad de un teólogo. Dejaba sorprendidos a los más eruditos, dando respuestas precisas y con corrección teológica.

Porque no sabía escribir, era Mons. Raffaeli Natali —principal postulador de su causa de beatificación y que convivía con la familia Taigi— quien anotaba las alocuciones y mensajes divinos recibidos por la Beata.

Víctima del amor a la Iglesia hasta el final

La Beata fue “la víctima de la Iglesia y de Roma”. Su amor por la Iglesia la consumía. Y muchas veces la Providencia le pidió que sufriera por el Cuerpo Místico de Cristo sin revelar exactamente sus fines.

En su última enfermedad, Nuestro Señor quiso compartirle su dolor en las últimas horas de la Cruz, sufriendo un abandono total.

Habiendo recibido el Santo Viático un miércoles y la Extremaunción al día siguiente, sintió los dolores de la muerte. Sin embargo, todos pensaron que aún no había llegado el final, dejándola tranquila y sola.

En la madrugada del viernes 9 de junio de 1837, Mons. Natali tuvo el presentimiento de su paso a la eternidad y fue a casa de la enferma encontrándola sola, en sus últimos momentos.

Recitó las oraciones de la Iglesia para esta hora extrema, le dio la última absolución y partió la santísima para la Mansión Celestial.

Su cuerpo permanece incorrupto en la Iglesia de San Crisógono, de los trinitarios de Roma, como dando fe de la victoria de la Iglesia.

(Texto basado en artículo de la Revista Arautos do Evangelho, junio de 2011.)